

—¿Á casa?

—Sin duda alguna—contestó el joven, dedicándole una sonrisa.

—Á mi casa — dijo la cantante al cochero; y abriendo ella misma la portezuela, subió al coche.

Allí fué recibida por los brazos de Oliverio, y cuando el carruaje se ponía en movimiento, los dos jóvenes, abrazándose fuertemente y suspirando con alegría, cambiaron un beso.

Cuando Oliverio Derstal había visto por vez primera á Eva Brillant, era muy joven y estaba muy pálido y muy delgado. Para vivir, se veía precisado á enseñar el contrapunto y la armonía á jóvenes tontos y acomodados, que queriendo darse aires de artista publicaban romanzas y valeses que Derstal corregía y *rehacía* con tanta conciencia como disgusto. Uno de sus discípulos, hijo de un rico banquero israelita, había llegado á componer bailes para los *Music-Halls*, y había visto ya su nombre en los carteles de *Folies-Bergères* y de *Olympia* debajo de títulos tan sugestivos como *El amor á través de las edades* y *Cocottes y Book-makers*. Derstal vivía, pues, del triste oficio de curandero musical. Pacientemente cuidaba de las ideas de sus alumnos y trabajaba sin descanso para que los hijos de las imaginaciones que dirigía no tuviesen la voz demasiado chillona. En sus ratos de ocio trabajaba para sí; y con el producto

de estas horas robadas al descanso y al esparcimiento había formado un álbum, que gratuitamente le había editado Lacueil, y que apenas se vendía.

Á su regreso de Roma, y después de haber permanecido tres años en la ciudad de los Médicis, Derstal había tenido ocasión de poner la música á una opereta que debía estrenarse en el teatro de la *Gaité*. Aquello era la seguridad de hacerse un nombre y los medios para trabajar tranquilamente una temporada de dos años, y, con todo, el compositor tuvo el orgullo y la fuerza de voluntad necesaria para rechazar un trabajo que no juzgaba digno de él. Casi sin comer, y vistiéndose con trajes llenos de remiendos, trabajaba en el silencio del aislamiento en la partitura de un drama lírico, *Erin*, cuyo poema había sido escrito por uno de sus compañeros, Claudio Labarre, principiante también en las lides literarias y tan pobre como él. El horizonte se presentaba para el músico cerrado y sombrío, y á los veintiocho años permanecían también obstinadamente cerradas todas las puertas, á las que con trémula mano se había atrevido á llamar. Había solicitado que en el ministerio de Bellas Artes inscribiesen su nombre en la lista de los pensionados de Roma para la elección del director de la Ópera, y ni siquiera esta satisfacción platónica le había sido concedida. Había solicitado de los directores de los grandes conciertos que le admitiesen una serie orquestal,

y había tropezado con el deseo de unos de no ejecutar más que obras de Wagner, con la necesidad alegada por otros de ejecutar las de Berlioz con el fin de tener grandes entradas.

Por fin, y después de mucho luchar, pudo conseguir que Lamoureux le ejecutase un *scherzo*, cuyas audacias asombraron al auditorio—siempre rebelde á las novedades y hostil á los desconocidos—hasta tal extremo, que las muestras de desagrado más grandes y los silbidos más estridentes acogieron el fin de la ejecución. Ese día, Oliverio Derstal, calenturiento y descorazonado, se encerró en su cuarto preguntándose si no sería mejor para él renunciar á la música, y buscar, puesto que todavía era joven, un destino que le asegurase un porvenir. Estaba, pues, expuesto á ser víctima del abatimiento más sombrío, cuando la aparición de Eva Brillant, en su vida, vino á devolverle la confianza y el ardor.

El álbum de piezas para canto había caído en manos de la artista, entonces contratada en la Ópera Cómica. Eva estaba buscando aires nuevos para un concierto, en el que el eminente pianista Schéler le había rogado que cantase, y la sincera originalidad de las obras de Derstal la habían seducido. Una de las piezas que estudiaba, *Sueños de poeta*, le parecía que había de producir un gran efecto; pero como quiera que antes de interpretarla quería oír los consejos del autor, una mañana se presentó en casa del joven maestro.

En esa época Eva era casi tan desconocida como Derstal. Contratada después de un concurso afortunado en el Conservatorio, la habían confinado en la categoría de tiple ligera, que desempeñaba nada más que medianamente. Su temperamento, su inteligencia y sus medios poderosos, no manifestados aún, hacían que desempeñase torpemente papeles para los que sólo eran necesarias gracia y habilidad. Se desconocía á sí misma, y no se daba cuenta exacta de los extraordinarios recursos que en germen contenía su voz. La extrema timidez que sentía al entrar en casa de Derstal desapareció pronto ante la gran pobreza de la habitación. En el compositor adivinó un compañero de miseria, y no pensó ya en avergonzarse de su traje al ver la remendada levita del músico. Éste, halagado por el paso que daba la cantante, y tal vez más conmovido que otra cosa, la hizo entrar en su gabinete para que hablase. De este modo supo que Eva vivía con su madre en un modesto cuarto del *faubourg* Poissonnière, que era muy juiciosa, y á medida que la oyó hablar con más libertad, se fué dando exacta cuenta de la gracia de su rostro y de la esplendidez de su rubia cabellera. Su voz, admirablemente timbrada, tenía en el registro medio notas en las que resonaban los ardores de la pasión. De pronto le dijo:

—¿Qué está usted cantando ahora?

—*Philine* en *Mignon* y *Micaela* en *Carmen*.

—Yo no sé si me equivoco, pero creo que usted

está llamada á cantar *Mignon* y *Carmen*.... La tesitura de estos papeles tal vez es un poco baja para su voz, y todavía no sé.... ¿Quiere usted cantar algunas frases de *Carmen*?

—Con mucho gusto.

Derstal tomó de encima de un mueble la partitura de Bizet, y, abriéndola, escogió el dúo del segundo acto:

«Huyamos los dos á la montaña.»

Él cantaba la parte de José, y ¡de qué modo! Únicamente pueden comprenderlo los que la han oído. Con los ojos fijos en la joven, cantó su parte como nadie ha podido expresarla nunca desde la muerte de su autor. Arrastrada por el poder de esa interpretación, Eva Brillant se entregó sin reservas, y, apasionadas, ardorosas, amargas, las célebres frases se sucedieron hasta la explosión final. Un silencio siguió á los últimos acordes del piano, y Derstal, volviéndose hacia la cantante, le dijo:

—No me había equivocado; no han sabido conocer su temperamento. ¿Cómo puede ser que ese viejo rutinario de Carvalho haya cometido semejante error? Y ¿cómo se explica que no sepa darse cuenta del talento de usted? ¡Ah! Probablemente tiene la fortuna de su teatro entre las manos y ni siquiera se lo figura. Todos son lo mismo. Si va usted á la Ópera, le harán cantar *Siébel*, cuando usted ha nacido para encarnar *Margarita*.

—Entonces, ¿he cantado bien?—preguntó Eva, sonriendo humildemente y clavando sus hermosos ojos en el compositor.

Este movió la cabeza y contestó sin rodeos:

—No, no ha cantado usted bien. Mal ligadas las frases, mal atacadas las notas; pero todo lleno de promesas que se convertirán en realidades. No ha cantado usted bien, pero puede usted cantar admirablemente. Esto es todo.

Derstal, al ver que los ojos de la cantante se llenaban de lágrimas, se puso á reír:

—¿Tan sensible es usted, hija mía?—agregó.—¿Llora porque acabo de echar un jarro de agua fría á su entusiasmo? Aprenda, aprenda á soportar las decepciones de que está llena nuestra vida de artistas. Pero puesto que desea usted cantar mi melodía, y ha venido para que yo le enseñe á desentrañar su sentido, ocupémonos de ella.

Derstal preludió y se puso á cantar los *Sueños de poeta*. Sentada junto á él, pálida y vibrando de emoción á la voz del compositor, Eva le escuchó con arrobamiento. Cuando la pieza hubo terminado, la cantante suspiró:

—¡Qué hermoso!—dijo.—Pero ¿cómo imitar esa perfección en el arte de decir?

—Fácilmente, hija mía; trabajando juntos—contestó Derstal sonriendo.—Vamos, ahora le toca á usted.....

El compositor, interrumpiendo frecuentemente la lección para dar consejos, hacer reflexiones y

referir anécdotas que hacían que Eva se sintiese más dueña de sí misma y le devolvían la plenitud de sus facultades, hizo cantar á su discípula durante dos horas, y toda la admiración que ella sentía por él, él empezaba á sentirla por ella. Unidos por el lazo de su común pasión por la música, entraban ya uno y otra en interioridades; se hacían íntimas confidencias, como si se conociesen desde muchos años, y en su entusiasmo se olvidaban de las horas, sin darse cuenta de la fatiga y satisfechos de sus esfuerzos. Eva fué la primera que recobró la noción del tiempo.

—¡Dios mío! Las doce ya..... ¿Qué pensará mi pobre madre?

—¿Sabía que venía usted á mi casa?

—Naturalmente. No le oculto nada de cuanto hago..... ¡Pobre madre mía! Tiene en mí absoluta confianza, y además, como casi siempre está enferma, no puede acompañarme.....

Hablando de este modo, se había puesto el abrigo, y el joven, que adivinaba las soberbias líneas de su precioso cuerpo, la esbeltez de su talle y la natural distinción de sus movimientos, le preguntó:

—¿Cuándo es el concierto? ¿Tendrá usted tiempo para volver á estudiar la pieza conmigo?

—El concierto se verificará dentro de ocho días en la sala Erard, y puesto que usted me autoriza para ello, volveré.....

—No solamente la autorizo, se lo suplico.....

—Entonces, hasta pronto, y gracias con todo mi corazón.....

Derstal la acompañó hasta la puerta, y la despidió sin darle siquiera un apretón de manos. Eva le dedicó una sonrisa, y se fué.

La reputación de Eva Brillant empezó la noche en que cantó los *Sueños de poeta*. Una gran señora, la marquesa de Larsay-Bouteil, asistió al concierto para aplaudir á Schéler, que tocaba el piano en los conciertos privados que en su casa se celebraban, y verdadera inteligente en música, se había impresionado vivamente con el estilo y el acento con que la cantante había interpretado la melodía de Derstal. Terminado el concierto, y ya en el salón en que Schéler recibía los plácemes de sus amigos, la marquesa le dijo:

—¿Quién es esa joven que ha cantado hace un momento? ¿Sabe usted que me ha interesado mucho?

—Tiene usted mucha razón; es una verdadera artista....., pero no se ha marchado todavía. ¿Quiere usted que se la presente?

Eva Brillant, conducida á presencia de la gran señora, recibió sus elogios con tranquila gracia. En la sala había visto que Oliverio Derstal la aplaudía con entusiasmo, y para ella los aplausos del autor de *Sueños de poeta* tenían mucho más valor que las alabanzas de todo el auditorio. Entretanto la marquesa, en hábil reclutadora de artistas de mérito, le decía:

—Cada quince días doy veladas musicales que están muy concurridas, y me consideraría muy dichosa si lograra que mis amigos la oyesen á usted. Schéler le acompañaría con gusto los *Sueños de poeta*, que tan admirablemente canta usted.....

—Señora marquesa, tal vez podría conseguir que el autor, Oliverio Derstal, me concediese el honor de acompañarme él mismo.....

—¡Ah! Eso sería admirable..... Tiene muchísimo talento..... Derstal..... Oliverio Derstal..... Me parece que es la primera vez que oigo su nombre, y eso que recibo en mi casa á todos los maestros contemporáneos..... Derstal.....

—No sé fatigue usted recordando, señora marquesa. Es tan desconocido como yo.....

—Señorita, cuando mis amigos la hayan oído en mi casa, será usted célebre, lo aseguro.... En mis salones se doctoran artistas.....

Con una sonrisa protectora se alejó de Eva para reunirse con Schéler. En aquel momento, la cantante vió que Derstal se acercaba á ella radiante de alegría.

Le tendió las manos, que ella estrechó con entusiasmo y emoción tales, que sus ojos se llenaron de lágrimas, y le preguntó:

—¿Está usted contento?

Derstal no contestó: la miró como si no la hubiese visto nunca y su rostro hubiese sido nuevo para él. Le pareció transformada, ennoblecida, maravillosamente hermosa. Su frente resplandecía

bajo las madejas de oro de su abundante cabellera, y sus desnudos brazos y blanquísimos hombros tenían una gracia juvenil y encantadora. Cogióndola de las manos, la llevó á un ángulo del salón, y le dijo en voz baja:

—Me ha devuelto usted la confianza en mí mismo. Dudaba ya de esas composiciones que tan desdeñadas han sido, y al escucharla he sentido de nuevo la dulce emoción que me embargaba cuando las escribí. Usted les ha dado vida, y á mí me ha devuelto la fuerza y la energía para luchar.

Eva fijó en él una mirada llena de admiración, y contestó:

—Bastaba hacerlas oír para que las gentes comprendiesen todos sus encantos. Ahora yo las cantaré, y usted será conocido, admirado, todo lo aplaudido que merece ser..... Una gran señora, una amiga de Schéler, me ha propuesto hacerme cantar en su casa. No cantaré más que obras de usted; pero será preciso que me las haga estudiar. El éxito de esta noche se lo debo todo á usted..... De hoy en adelante nos serviremos el uno del otro, y si con mis débiles medios puedo conseguir que la gente se fije en usted, con ello pagaré apenas el servicio que usted me ha prestado enseñándome á servirme de mi voz.

Salieron juntos. La noche era fría y clara, y desde la calle de Mail llegaron al *faubourg Poissonnière* á pie, andando lentamente, como si regresasen á sus casas en contra de su voluntad y

sólo obligados por una fuerza superior. En ellos nacía un sentimiento que ya no era el del arte. Eva caminaba apoyando su brazo en el de Derstal, y éste lo estrechaba con fuerza. Á la luz de la luna se miraban, y los ojos del músico y la tranquila sonrisa que contraía sus labios hacía palpitante con fuerza el corazón de Eva. Llegaron á la puerta de la casa de la joven, y allí se detuvieron un instante, como si no se pudiesen resolver á separarse. Mirándose fijamente, y sin decirse una palabra, permanecían de pie. Al fin, Derstal rompió el silencio para decir:

—Vamos, es preciso separarse..... Es ya muy tarde. ¿Cuándo volveré á verla?

Como asombrada por la pregunta, Eva contestó:

—Mañana, dentro de algunas horas..... Iré á estudiar.

—Entonces, hasta luego.....

Inmediatamente le tendió los brazos, indeciso, temiendo ofenderla, y, sin embargo, deseoso de demostrarle toda su ternura. Con radiante sonrisa Eva se acercó á él, y sintió su blanca frente bajo sus ardorosos labios.

El encuentro de Eva Brillant y de Oliverio Derstal fué algo así como la conjunción fulgurante de dos astros, y el mundo del arte sintió muy pronto la conmoción. De la noche á la mañana, el talento de Derstal, pregonado por unos cuantos árbitros del gran mundo que imponen su opinión

á los *snoobs* de todas las categorías, fué conocido y afirmado. El tremendo desastre de su *scherzo* en el concierto Lamoureux, le fué contado como un título de gloria. Pasó como un innovador á quien la muchedumbre ignorante, y siempre sujeta á los prejuicios del nombre, no había sabido estimar en su justo valor.

Eva Brillant, que provocaba el más grande entusiasmo en los salones, tanto por su talento original y potente, como por su belleza y gracia perfectas, cantó tres domingos consecutivos las melodías de Derstal en los conciertos Colonne con un éxito verdaderamente extraordinario. *La fuente* y *El regreso de Ulises* provocaron un entusiasmo general. Para encontrar algo semejante en tiempos anteriores, preciso habría sido remontarse á la época en que tan en voga estuvo la *Mandolinata* de Paladilhe. Las melodías de Derstal se encontraban en los atriles de todos los pianos, y el editor, que había creído conceder un favor inmenso al músico editándole gratuitamente su álbum, ganó con él una regular fortuna. Adivinando una venta enorme, solicitó una nueva colección, y por esta vez hizo al autor magníficas proposiciones.

Derstal vació los cajones de su mesa en obsequio de este mecenas, y con alegría supo gozar de las comodidades que con la fama llegaban hasta él. ¡Se había visto durante tanto tiempo pobre y desdeñado!

Al mismo tiempo, la suerte de Eva empezaba á